

Que el pan de la miseria y la desdicha
Partieron ¡ay! contigo,
Por vez primera derramaron llanto!!
Esas banderas, del guerrero gala,
Que en cauda de iris desplegó el ambiente,
Que símbolo de amor nos legó Iguala,
Que en luz de gloria acariciaba el cielo,
Se inclinaron dolientes como sauces
Y se cubrieron con crespon de duelo.
Esos monstruos de bronce, que la muerte
Llevaron implacable en sus entrañas,
Despertaron el eco en las montañas,
Que temblaron oyendo sus gemidos.
Idolo del soldado, su confianza,
Su gefe, su querer, su alma, su pompa,
Tu nombre oírás al resonar la trompa
Como himno de victoria y de esperanza!
Y el cadáver allí . . . prorumpe, clama
Con voz de tempestad y de torrente,
Que se propague en la ala de la llama
Que abrace de Colon el continente:
"Pueblos, en pié, á la lid, pueblos hermanos,
Los lauros de los libres se marchitan
Si no los riegan sangre de tiranos.
Pueblos, en pié, y en fraternal abrazo
Odio jurad al invasor impío;
Y ódio mire la Cumbre del Quendío
Y ódio alumbre terrible el Chimborazo.
Pueblo, hóguera de espíritus mas grande
En que Dios hace palpitar la vida,
Pueblo, huracán terrible, y manso lago,
Relámpago de rayo y luz de aurora,
Gigante de poder que Dios renueva
Con cada nueva luz . . . Tu imperio sea,
Aniquile la llama de tu enojo
Esa horda de jaguares de Crimea!
Lucha, lucha sin fin, mi sombra quiere
Amor de hermanos, ódio á los traidores;
Yo os enseñé á vencer . . . cómo se muere,
Enseñad á los viles invasores.
Los lábios de mi tumba gritan guerra,
Guerra por la justicia y el derecho,
Guerra al perverso inquietador del mundo,
Guerra á la corrompida monarquía,
Guerra, y entre los brazos de mi patria
La libertad del orbe alumbre el dia."

ORACION FUNEBRE

POR LA MEMORIA

De los Martires de la Independencia y de la Libertad

PRONUNCIADO EN LA ALAMEDA DE MÉXICO EL 17 DE SETIEMBRE

DE 1862 POR EL LIC. FRANCISCO ZARCO.

Agobiado todavía el espíritu con las palpitantes é imperecederas memorias del grito de Dolores, ensanchado el corazón de dulces esperanzas con el recuerdo vivificante de la conquista de nuestra independencia, venimos hoy, conciudadanos, á tributar un homenaje sincero de agradecimiento y de veneracion profunda á los mártires de nuestra emancipacion y de nuestra libertad. En el febril entusiasmo que inspira el aniversario de ayer, en el estremecimiento de júbilo y de felicidad que nos conmueve, al contemplar que México es señora de su destino, en la expansion deliciosa de aspirar el aire de la libertad, hay algo blanda y tiernamente melancólico, hay un fondo de tristeza indefinible, porque al gozar de nuestra dicha, involuntariamente se dibuja en la mente la imagen de nuestros mártires, y se siente cuánto sacrificio, cuánto martirio, cuánta congoja y cuánto sufrimiento fueron necesarios para consumir la obra iniciada por el inmortal Hidalgo.

Oscura y trabajosa es la marcha de la humanidad en este mundo; no puede dar un solo paso en la senda del progreso y del bien, sin dejar un reguero de sangre, una huella de lágrimas, como si con esta ley fatal, Dios hubiera querido engendrar en los pueblos un amor mas acendrado á sus conquistas, puesto que nada se ama tanto como aquello cuya adquisicion cuesta mas cruentos sacrificios. La verdad, la justicia, el derecho, la ciencia, la libertad, tienen un martirologio inmenso desde las primeras edades del mundo. Sócrates apurando la cicuta, Cristo espirando en medio de la befa y el escarnio en la cumbre del Gólgota, Galileo expiando en la Inquisicion la gloria de haber sentido rodar la tierra bajo sus plantas y descubierto la inmovilidad del sol en el centro del universo, encabezan el gran catálogo de los mártires de la verdad, de la verdad que sencilla, indudable, evidente como es, necesita de esforzados defensores, una vez que la esclavitud, el despotismo, la supersticion y las preocupaciones, que son el peor de los yugos porque encadenan las almas, se fundan siempre en un error, en una mentira, ó en una impostura.

No hay, pues, verdad que no haya tenido que sostener una larga lucha, y no hay progreso ni mejora que no cuente sus mártires.

¿Cómo la obra grandiosa de llamar á la vida el cadáver de la colonia de la Nueva-España, habia de consumarse sin largos, sin dolorosos sacrificios? ¿Cómo quebrantar el yugo impuesto á estas regiones por el brazo potente de Cortés y por el fanatismo de Zumárraga, el yugo arraigado por el hábito, encandecido por el Santo Oficio? ¿Cómo habia de romperse sin un espantoso cataclismo? La prevision de lo costoso que seria cualquier esfuerzo por la emancipacion, era lo que daba tranquilidad al poder castellano, y le hacia creer que no se le escaparia su presa. Pero esta misma prevision, el presentimiento del martirio, fué lo que alentó al venerable anciano de Dolores, á acometer una empresa con la conciencia segura de que no la veria concluida, con la certidumbre de que para él no habia mas porvenir que la infamia, la excomunion y el cadalso; pero con la esperanza de que su sangre no seria estéril, sino fecunda, hasta producir un semillero de valientes, una sucesion interminable de héroes que aseguraran la independencia de México. El cura de Dolores no se equivocó en su prevision, y esto es lo que lo hace ilustre y grande sobre todas las ilustraciones y las grandezas de la tierra. Su voz robusta conmovió á este pueblo que vivia aletargado, inerte entre cadenas, y que la España juzgaba muerto desde que la codicia de sus soldados hizo perecer entre las llamas al desdichado Guautimoc. Creia que en aquella hoguera se habia estinguido toda una raza; creia que los pueblos no despiertan del sueño de la esclavitud, y creia tan seguro su dominio, que habia tenido la condescendencia de tolerar que un papa declarara hombres á los descendientes de Moctezuma y de Nezahualcoyotl, á los hijos de una raza noble y generosa, cuya admirable civilizacion no comprendieron los bárbaros soldados de Cortés, ni los ignorantes frailes que á explotarla vinieron de la Península. ¡Oh burla á la razon! El mundo necesitó una bula de Roma para admitir en la humanidad, para creer que eran hombres los que habian constituido grandes imperios y poderosas repúblicas, los que sabian dotar á los pueblos de instituciones, calcular el movimiento del sol y predecir los eclipses, esculpiendo en piedra sus conocimientos astronómicos, los que levantaron los monumentos de Yucatán, de Teotihuacán y de Mitla!

Pero la España se engañaba, y tres centurias de esclavitud no pudieron hacer eterna la degradacion de este continente. Hidalgo consumió este portentoso; él realizó en Dolores el milagro de la resurreccion de Lázaro; él fué quien dijo al pueblo cadáver: "Levántate, destroza tu lecho de dolor, y anda, anda á conquistar tu libertad." Con el presentimiento, con la doble vista de este prodigio, ¿podia vacilar Hidalgo en volar al sacrificio? No, su génio comprendió toda la gloria que le esperaba, y algo que para las almas bien formadas vale mas que la misma gloria, todo el bien que de su sangre iba á brotar sobre estas regiones tan bellas como infortunadas.—Así, pues, al desafiar la dominacion secular de la España, al esponerse á los fulmíneos rayos del Santo Oficio, no lo preocu-

paba la idea de la victoria, sino la de hacer comenzar la contienda; habia vivido ya demasiado para tener apego á su cansada existencia, ó para abrigar la ilusion de que habia de ver terminada su obra. Por eso entre sus colaboradores buscó gallardos mancebos, llenos de juventud y de esperanza, conociendo que su empresa necesitaba de esforzados continuadores. Su aceptacion del sacrificio, no fué la obra de un instante, no fué el movimiento irreflexivo del hombre amenazado por un súbito peligro, no nació en su ánimo al saber que sus planes estaban descubiertos por el gobierno vireinal; no, y esto es lo que hace mas sublime su sacrificio; su resolucion fué fría, calculada, invariable, y dos años antes del grito de Dolores, en sus continuas y agitadas cavilaciones, en sus primeras y misteriosas tentativas, en sus correspondencias con los pocos que entonces comprendian sus miras, no veia mas porvenir que el martirio. El 16 de Setiembre con la faz radiante de esperanza, con la mirada rejuvenecida por el entusiasmo, emprendió á sabiendas la senda del cadalso..... Su sacrificio no es un suicidio estéril, no es un acto de desaliento como el de Caton, tiene por el contrario la belleza, la grandiosidad de la muerte de los primeros mártires del cristianismo, porque lo impulsan, no el tedio de la vida, ni la desesperacion, sino la esperanza del bien, y la fé en el triunfo de la libertad.

¡Hidalgo! ¡Hidalgo! con razon este país te considera como padre de su independencia, como fundador de su libertad, y se envanece con tu gloria..... Tu fé, tu esperanza, tu aceptacion del sacrificio, son títulos bastantes á nuestro reconocimiento, sin contar con el ejemplo que diste de sublime abnegacion, con tus pasos avanzados en la senda del bien, decretando la emancipacion de los esclavos, con la luz que derramaste en los espíritus alzándote contra las excomuniones de los obispos, contra los edictos de la Inquisicion, contra los absurdos del fanatismo, y haciendo comprender desde entonces al pueblo, que es sacrilego unir la causa de la religion á la del despotismo, y convertir á Dios en aliado de los opresores de la humanidad.

Pero no bastaba el sacrificio de Hidalgo para redimir á su pueblo de la esclavitud de trescientos años. Escarnecido, beñado, muere en el patíbulo, apurando la amargura del ultraje, y con él se hunden en la tumba los primeros héroes de 1810.

La chispa del 16 de Setiembre es ya un incendio que se estiende por todo el país; el motin de Dolores es ya un sacudimiento que estremece en sus cimientos á esta sociedad; el grito de Hidalgo, de Allende, de Aldama y de Abasolo, ha encontrado eco en todos los corazones, y resuena con pavoroso estruendo en las llanuras y en las montañas, en las cabañas y en los palacios, en los campos y en los templos; es llevado en alas del viento mas allá de los mares, é infunde miedo al rey de España y esperanza á nuestros hermanos de las otras colonias. Todo anuncia que está para nacer gigante y armado un mundo nuevo que, renegando del mezquino espíritu de la tradicion y de la rutina, se levanta erguido, innovando con osadía todas las instituciones, fiando en el por-

venir, creyendo en la perfectibilidad humana, y despertando la desconfianza y los recelos de los opresores de la vieja Europa, que no han de ver con ojos serenos que este continente relega á la region de las quimeras el derecho divino, el poder hereditario, la irresponsabilidad de los mandatarios, la obediencia ciega y todos los principios que durante siglos, sirvieran de fundamento al despotismo.

Pero para realizar esta revolucion, la mas grande en su objeto, la mas benéfica en sus resultados, la mas difícil en su desarrollo, ¡cuántos sacrificios y cuántos martirios son necesarios! ¡Ay! la sangre derramada por los defensores del derecho en la guerra de insurreccion, pudiera enrojecer la cordillera de los Andes, y el osario de las víctimas elevarse hasta las cumbres del Popocatepetl, ó hasta la cima del Chimborazo.

Admira, sobresalta esta guerra sangrienta, este enjambre de héroes que brota la tierra desde el Sabina hasta el estrecho de Magallanes, y cómo abundan y se multiplican en todo el continente los apóstoles de la nueva idea, los mártires de la libertad. Los desastres, las derrotas, los patíbulos, las prisiones, la deportacion, la fingida clemencia, las falaces promesas de mejora, todo, todo es impotente para calmar esta conflagracion del Nuevo-Mundo, hasta que al fin brilla la radiante constelacion de las nacionalidades americanas libres, soberanas, independientes, abriendo anchos, infinitos horizontes al espíritu humano.

Los que sucumbieron en esta tremenda lucha; los que emanciparon á la América regándola con su sangre; los mártires excelsos de la independencia y de la libertad, de la reforma y de la civilizacion, ¿qué reclaman de nosotros, qué tributo digno exigen, sobre todo de la generacion que al nacer aspiró ya, gracias á tantos sacrificios, el aura embalsamada de la libertad, de esa flor que para dar al viento sus perfumes necesita un abundoso riego de sangre? ¿Qué nos quereis, padres queridos de América? ¿qué nos pedís, redentores de México? ¿qué nos exigís, venerandas sombras de Hidalgo y de Allende, de Abasolo y de Aldama, de Morelos y de Mina, de Guerrero y de Terán? ¿Flores y coronas sobre vuestras tumbas, llanto de dolor y de piedad sobre vuestros huesos, sollozos de la patria en su viudez, gemidos del pueblo en su orfandad? ¿Monumentos, mausoleos, obeliscos que inmortalicen vuestras glorias?.....

¡Ah, no! me parece que os veo alzaros indignados del polvo de la tumba, que vuestros ojos recobran el brillo de su mirada en el combate, y vuestros esqueletos el terrible latido del corazón en el día de la victoria, y que irritados clamais: “No mas flores que se marchitan y se deshojan, no mas lágrimas, no mas suspiros y sollozos, no monumentos que hagan solo vuestra vanidad y vuestro orgullo. Raza de héroes y de gigantes, hemos degenerado en nuestros descendientes, hasta el grado de que solo sepan gemir y llorar como niños y mujeres?..... ¡Oh vergüenza! Lo que queremos, lo que exigimos, lo que reclamamos de vosotros, no son lágrimas, sino grandes virtudes; lo que queremos es que seais dignos de la herencia que os legamos, que la sepais conservar y defender, y que de año en año, en vez de fúnebres pompas y de aflic-

cion oficial, nos vengais á decir: ¡Somos libres y felices, y está segura la independencia!”

Teneis razon, mártires sublimes de mi patria idolatrada. Habeis muerto en el combate ó en el patíbulo con la esperanza de hacer eterna la libertad en esta tierra, y este pueblo, si quiere mostrarse agradecido, no tiene mas homenaje que ofreceros, digno de vuestro renombre y de vuestra gloria, que su virtud, su ventura y el mantenimiento de vuestro magnífico legado; la conservacion perdurable de la independencia.....

¡Sí, conciudadanos, por los héroes no se llora, se les venera con reconocimiento; por los mártires de la patria no se gime, se les imita; que al fin la muerte los engrandece, y ellos no anhelan otro tributo que la gratitud, y que no sea estéril su sacrificio.

La patria hoy mas que nunca debe deplorar las dolorosas pérdidas que ha sufrido, y si el llanto asoma á sus ojos, no debe dejarse consumir por el desaliento, ni desgarrar sus vestiduras, ni cubrir su noble frente de cenizas, sino buscar anhelante y llena de esperanza entre sus hijos nuevos defensores de la independencia, que sepan aceptar el sacrificio, para defender la obra de Hidalgo y de Iturbide.

¡No mas lágrimas por los héroes! ¡No mas llanto estéril é infecundo! Esperanza, fé en la victoria, y la victoria es nuestra.

Gratitud inmensa, gloria infinita para los mártires, veneracion profunda, tierna, filial á su sacrificio; pero al recordar sus hechos, no lloremos como niños huérfanos ni como mujeres viudas; los héroes nunca mueren, nos dejan su ejemplo, imitémoslo para vivir con ellos, y no sea este recuerdo un duelo nacional, sino un apoteosis en el fondo del corazón de todos los mexicanos. La Iglesia no llora por sus primeros mártires, ve en su martirio su triunfo, y entona himnos y cánticos de júbilo, porque los contempla en el cielo gozando del galardón de su fé. Haga lo mismo la sociedad civil, esta iglesia mas vasta, mas amplia, que no se mezcla con las creencias religiosas; divínice, celebre las glorias de sus mártires, vea con júbilo que hay quienes se sacrifiquen por el derecho y por la libertad, y procure imitar tanto heroismo si quiere realizar la verdad de que los pueblos no perecen jamas.

Pero ¡ay! está tan fresca la última herida, ha sido tan viva, tan honda su desgarradora impresion, que la resignacion es imposible ante la tumba todavía entreabierta que envidiosa ha devorado al intrépido vencedor del 5 de Mayo! Zaragoza! hijo, amigo, padre, defensor, esperanza, tesoro y gloria de este pueblo infortunado! Zaragoza inmortal! Ante tu cadáver, en que la muerte heló la sonrisa, presagio de victoria; ante ese cuerpo helado, que es lo único que nos queda de tí, la reflexion es imposible, el ánimo decae, la esperanza plega sus alas deslumbrantes, un nudo oprime la lengua, se seca el corazón y los ojos se arrasan de lágrimas.... Zaragoza, es preciso llorar cuando nos faltan la fé de tu alma de niño, el ejemplo de tu virtud preclara, el acento de tu voz tranquila y mesurada, el brillo de tu espada, de ese rayo del pueblo que deslumbró en los cerros de Guadalupe y de Loreto á los ojos de Bonaparte, á